

ZEQUEIRA Y ARANGO, MANUEL DE (1764-1846)

POESÍA VARIADA

INDICE:

DECIMAS
A LA PIÑA
LA RONDA
EGLOGA
LETRILLAS
A CARMELINA
A LA BRISA
A LELIO
EL BANQUETE
EPIGRAMAS

DECIMAS

Yo vi por mis propios ojos
(Dicen muchos en confianza)
En una escuela de danza
Bailar por alto los cojos:
Hubo ciegos con anteojos
Que saltaban sobre zancos
Y sentados en los bancos
Para dar mas lucimientos
Tocaban los instrumentos
Los tullidos y los mancos.

Dejó luego el abanico
Una negra conga y sucia,
Y entre ella y el Rey de Prusia
Bailaron el zonzorico:
Un musulmán de Tampico,
Que era ciego, con carbón
Dibujó á la perfección
Lo que observó en el estrado,

Y en un círculo cuadrado
Le envió el mapa a Salomón.

Cicerón y Preste Juan
Archidukes de Judea,
Riñeron con Dulcinea
Por celos de Tamorlán:
Don Quijote en Perpiñán
Tuvo á mal estos conciertos,
Y vino por los desiertos
Con los siete griegos sabios
Desfaciendo los agravios,
Y enderezando los tuertos.

En esta misma ocasión
Se vieron distintas cosas,
Que por ser maravillosas
Se hacen dignas de atención:
Fue destruido el paladión
Entre las ascuas tiranas,
Y las mugeres troyanas
Vasallas de Don Rodrigo,
Huyeron del enemigo
Hasta las islas Marianas.

Entonces dicen que fue
Cuando con presteza suma,
Salió huyendo Motezuma
Sobre el Arca de Noé:
A este tiempo Berzabé
Con chinelas y tontillo,
En Mantua asaltó un castillo,
Y entre otras cosas que callo,
Dio una carrera á caballo
Sobre el filo de un cuchillo.

Viendo la Reina de Hungría
Que tan mal iba la danza,
Quiso emplear á Sancho Panza
En su gran secretaría:
Heráclito se reía
De verlo tan haragán,
Y entonces el padre Adán
Despachó con Amaltea
Ejércitos de Guinea
Para el sitio de Amsterdán.

Carlos doce, Rey de China,
En medio de este rumor
Dictaba sobre un tambor
Varias cartas á Agripina:
Y el Cardenal de la Mina
Que era un soldado sencillo,
Le envió á Horacio en un anillo
Por prendas muy delicadas,
Seis esmeraldas rosadas
Con un granate amarillo.

Sabiendo esta quasi-cosa
Con Homero y Don Virgilio
Le escribieron á Pompilio
Cinco décimas en prosa:
La princesa Sinforosa
Se quejó por esto al Cid,
Y entonces allá en Madrid
Los doce pares de Francia,
Compusieron á su instancia
Los Salmos del Rey David.

El devoto Rey Melchor
Que fue blanco como armiño,
Mandó por presente un niño
A Nabuco Donosor:
Don Lincoya inquisidor
Lo tuvo a muy mal agüero,
Y entonces aquel guerrero
Llamado Juan de la Encima,
Puso presos en Medina
A Ercilla, Solis y Azuero.

Entre el Géminis y Acuario
Y el camino de Elicona
Atacaron á Pomona
Los Ejércitos de Mario:
Y el capitán Belisario
Que fue insigne por su arresto,
Quedó para siempre expuesto
Entre ciegos peregrinos
Andando por los caminos
Apoyado á un anapesto.

Pasando por Erimanto
El Hércules con su clava
Encontró á la reina Cava
Convertida en Crisanto:
Bebió el agua del río Janto
Al pasar por Dinamarca,
Y de aquí con una barca
El y Timantes pintor
Arribaron al Tabor
Donde vieron al Petrarca.

Cuenta por fin Heliodoro
Que nació (caso inaudito)
De una liendre un gran mosquito
Y de este mosquito un toro:
Esto publicaba un loro
Muy ufano en Puerto Rico,
Cuando alzando en el Guarico
Alto vuelo un tomeguín,
Fué á parar hasta Turín
Con un Camello en el pico.

Mitrídates, gran visir,
Sabio en las reglas de su arte,
Conquistó con Bonaparte
El gran fuerte de Aboukir:
Después hicieron construir
Desde Egipto hasta la China
Un puente de cornalina,
Y antes de ponerse el sol
Asaltaron al Mogol,
Y triunfan de Salamina.

Ya sobre aquel hemisferio
Se veían sin disfraz
Los reflejos de la paz
Dibujados por Tiberio:
Mas después con vituperio
Los borró del horizonte
El terrible Faetonte,
Porque este desde la Rioja
Incendió con bala roja
La barquilla de Aqueronte.

A LA PIÑA

Del seno fértil de la madre Vesta,
En actitud erguida se levanta
La airosa piña de esplendor vestida,
Llena de ricas galas.

Desde que nace, liberal Pomona
Con la muy verde túnica la ampara,
Hasta que Ceres borda su vestido
Con estrellas doradas.

Aun antes de existir, su augusta madre
El vegetal imperio la prepara,
Y por regio blasón la gran diadema
La ciñe de esmeraldas.

Como suele gentil alguna ninfa,
Que allá entre sus domésticas resalta;
El pomposo penacho que la cubre
Brilla entre frutas varias.

Es su presencia honor de los jardines,
Y obelisco rural que se levanta
En el florido templo de Amaltea,
Para ilustrar sus aras.

Los olorosos jugos de las flores,
Las esencias, los bálsamos de Arabia,
Y todos los aromas, la natura
Congela en sus entrañas.

A nuestros campos desde el sacro Olimpo,
El copero de Júpiter se lanza;
Y con la fruta vuelve que los dioses
Para el festín aguardan.

En la empírea mansión fue recibida
Con júbilo común, y al despojarla
De su real vestidura, el firmamento
Perfumó con el ámbar.

En la sagrada copa la ambrosia
Su mérito perdió, y con la fragancia
Del dulce zumo del sorbete indiano
Los númenes sé inflaman.

Después que lo libó el divino Orfeo,
Al compás de la lira bien templada,
Hinchando con su música el empíreo,
Cantó sus alabanzas.

La madre Venus cuando al labio rojo
Su néctar aplicó, quedó embriagada
De lúbrico placer, y en voz festiva
A Ganímedes llama.

"La piña, dijo, la fragante piña,
"En mis pensiles sea cultivada
"Por mano de mis ninfas; si, que corra
"Su bálsamo en Idalia."

¡Salve, suelo feliz, donde prodiga
Madre naturaleza en abundancia
La odorífera planta fumigable!
¡Salve feliz Habana!

La bella flor en tu region ardiente
Recogiendo odoríferas sustancias,
Templa de Cáncer la calor estiva
Con las frescas Ananas.

Coronada de flor la primavera,
El rico otoño, y las benignas auras
En mil trinados y festivos coros
Su mérito proclaman.

Todos los dones, las delicias todas,
Que la natura en sus talleres labra,
En el meloso néctar de la piña
Se ven recopiladas.

¡Salve divino fruto! y con el óleo
De tu esencia mis labios embalsama:
Haz que mi musa de tu elogio digna
Publique tu fragancia.

Así el clemente, el poderoso Jove;
Jamás permita que de nube parda
Veloz centella que tronando vibra,
Sobre tu copa caiga;

Así el céfiro blando en tu contorno
Jamás se canse de batir sus alas,
De tí apartando el corruptor insecto
Y el aquilón que brama;

Y así la aurora con divino aliento
Brotando perlas que en su seno cuaja,
Conserve tu esplendor, para que seas
La pompa de mi patria.

LA RONDA

(Verificada la noche del 15 de enero de 1808)

DECIMAS

Yo aquel súbdito obediente
Que en grado superlativo,
Soy militar á lo vivo
Y esqueleto á lo viviente:
Yo aquel átomo paciente
Que de nada se lamenta,
Describiré la tormenta
Que con suerte muy contraria,
Yendo de ronda ordinaria
Sufrí en noche turbulenta.

A las tres de la mañana
Con viento septentrional
Salí desde el principal
A correr mi tramontana:
Un farol como campana
Conducía un granadero,
Y con el soplo severo
Que el norte consigo atrajo,
Andaban como badajo,
El farol y el farolero.

Con un silencio profundo
Como si nadie viviera,
Seguimos nuestra carrera
Como almas del otro mundo:
En el tiempo de un segundo
Llegamos á la Machina
Y al mirarnos e bolina

La centinela primera,
Dudando que cosa fuera,
Ni aun á hablar se determina.

No obstante, como concibe
Que todos íbamos muertos,
Con trémulos desaciertos,
Gritando nos da el quien vive:
De esta suerte nos recibe
La guardia llena de espanto,
Y sospechando entretanto
De mi vital subsistencia,
Para afirmar mi existencia
Tuve que implorar á un Santo.

Después que entregué el marrón,
Vi sirviendo de tintero
Un casco como mortero,
Y por pluma había un cañón:
Al firmar, sin dilación
Mi pluma luego se excita,
Y en la espesura infinita
Que el cañón tenía en su talla,
Una rígida metralla
En vez de tinta vomita.

Así que dejé el borrón
De mi firma con gran gala,
Salí de allí como bala
Despedida de cañón:
Con tal precipitación
La luz del farol se apura,
De suerte que en tal tristura
Llegué en un decir Jesús
Hasta el muelle de la luz
Por teórica conjetura.

Al verme de esta manera
Envié luego á la ordenanza
Que encendiera sin tardanza
El farol y que volviera:
Con angustia tan severa
Hallándome solitario
Sin luz, me fué necesario
En esta lúgubre escena,

Como alma que estaba en pena,
Rezar el Santo Rosario.

Quiso Dios que sin tardanza
La ordenanza fue y volvió,
Y así se me recibió
Con arreglo a la Ordenanza:
No obstante, con desconfianza
El cabo el Santo pedía,
Y como mi fantasía
Rezaba llena de espanto
Por poco en lugar del Santo
Le soplo una letanía.

Desde aquí salí al instante
Con un impulso violento,
Llevando con tanto viento
Los honores de volante:
Cual difunto militante,
A Paula llegué entretanto,
Y el cabo lleno de espanto
Sin mirar á mi respeto,
Quiso viéndome esqueleto
Soplarme en el Campo Santo.

Viendo yo la tiranía
De estos impulsos atroces,
Procuré con muchas voces
Afirmarle que vivía:
Que era Ronda le decía
Por templar sus desaciertos,
Y él con los ojos abiertos
Siguió tal su trapisonda,
Que por poco va la ronda
A parar entre los muertos.

Luego fuí hasta la garita
Que de San José se nombra,
Que teniéndome por sombra
La centinela me grita:
El cabo se precipita
A saber quien era yo,
Y así que me recibió
Dejó allí la firma mía,
Que no la conocería
La pluma qué la parió.

Salí desde aquí ligero
Con angustia muy crecida
Y para breviar mi vida,
Fuí á parar al matadero:
Aquí me encontré un tintero
Rebozando en mazacote,
Y allí empuñando un garrote
Que en vez de pluma encontré,
Sobre una tabla dejé
En cada letra un palote.

Con un triste desvarío
Fui siguiendo mi aventura,
Y sin tener calentura
Me iba muriendo de frío;
En este momento impío
Me acometieron traviesos
Dos mastines con excesos;
Pero por fin me dejaron
Porque sus dientes no hallaron
Ninguna carne en mis huesos.

Sufriendo un continuo yelo,
Mi carrera continué,
y tanto que tropecé
Con un hueso, y caí al suelo:
La ordenanza con anhelo
se por ampararme, humilla,
pues anduvo tan sencilla,
Tan ciega Y tan torpe aquí,
Que por levantarme á mí,
Va y levanta una canilla.

¿Qué no ves excomulgado,
Le dije muy afligido,
Que me has dejado tendido
Sin saber lo que has alzado?
Entonces muy consternado
Me dijo: señor, confieso
Que anduve ignorante en eso
pero yo por no engañarme
Siempre procuro inclinarme
Al mas grande aunque sea un hueso.

Mas ardido que una brasa
Con esta contestación
Camino sin dilación
Hasta dar en la Tenaza:
De aquí mi espíritu pasa
A Puerta-Nueva de un salto,
y con tanto sobresalto
La centinela me vió,
Que á un mismo tiempo Me echó
¿Quién vive? ¿Qué gente? Haga alto.

Desde este puesto salí
Y fui á la Puerta de Tierra,
En cuyo lugar se encierra
Lo mejor que yo advertí:
un capitán hallo aquí
Que extranjero parecía,
y fué tal la algarabía
De su rara explicación,
Que por pedirme el marrón
El macarrón me pedía.

Sufriendo un norte extremado
Tan airado continué,
De manera que llegué
A la Pólvora volado:
Salí al punto y alterado
Un perro con mil porfías
Se avanza á las barbas mías,
pero yo con fieros modos
Con mis huesos y mis codos
Logré darle mil sangrías.

Pero lo que más alabo
De tanta desdicha junta,
Es que en llegando á la Punta
De verme se asombra el cabo:
Después de esto luego trabo
Con el oficial porfías,
Y él al ver las ansias mías
Oyendo tocar campanas,
Me dice con voces llanas:
¿Son por tí esas agonías?

Hijo de tal, que malos
Cruelles fines me deseas,

Le dije, antes que tal veas,
Muera el pronóstico á palos:
Así premio los regalos
Con que me quiso obsequiar,
Y por no darle lugar
Al juicio que estaba haciendo,
Me fuí al instante temiendo
No me mandase enterrar.

Siendo del viento juguete
Sin hallar en nada alivio,
Tuve que volverme anfibio
Para arribar al Boquete:
Por un pantano se mete
La ordenanza que me guía,
Que igualmente le seguía
A modo de gusarapo,
Y el soldado como sapo,
Fieros soplos despedía.

De esta suerte continuaba
Pensando yo no sé en qué
Y por no mentir diré
Que pienso que ni aun pensaba:
Tan extenuado me hallaba,
Tan triste y tan macilento
Con aquel frío y el viento,
Fue tal mi debilidad
Que me hallé sin voluntad,
Memoria, ni entendimiento.

Llegue a la Contaduría
Casi perdido el aliento
Donde me salió el sargento
A saber que me afligía:
Una triste alferecía
Le dije, tengo á mi lado,
Ha ocho años y asombrado,
No sé si entono de chanza;
Me preguntó en confianza,
¿Es usted beneficiado?

Sargento, señor bufón,
Repliqué con amargura,
Por desgracia o por ventura
¿Tengo cara de capón?

Al concluir la expresión,
Salir quise cual saeta,
Cuando un soldado con treta
Asiéndome por detrás,
Ea, dice a los demás,
¿De quién es esta baqueta?

Repetirle gritos muchos
Fué mi confusa respuesta,
Que sinó, á la hora de esta,
Me hallo atacando cartuchos:
La ordenanza y yo muy duchos
Volvimos al Principal,
Y aquel señor oficial,
Que era un joven mata-siete;
Quiso mandarme al gabinete
De la historia natural.

Estas son de mis desdichas
Las noticias y eficacias,
Que siempre serán desgracias,
Por ser de mis labios dichas:
Basten ya las susodichas
Fatigas de mi quimera,
Cesé mi pluma grosera
En su tan cansado estilo,
Dejando pendiente el hijo
Al filo de otra tijera.

EGLOGA

(ALBANO y GALATEA)

ALBANO

Toma, pastora mía,
De mi espesa arboleda las manzanas
Que cogí al ser de día
Por darte de mi amor pruebas tempranas,
Y también esas rosas
Con que ciñas tus sienes amorosas.

Ayer de mi arboleda
Con lazos te cogí seis pajarillos,
Y en una encina queda

Un nido, con dos lindos jilguerillos,
Y entre bellas aromas
Cinco pares te tengo de palomas.

Y por que más te cuadre
De mi amor el afecto sin tamaño
Vengo cuando tu padre
Ha salida detrás de su rebaño;
Porque yo sé de fijo
Que no gusta de verme en tu cortijo.

GALATEA
DE tu mucha fineza
Mi pecho siempre está reconocido,
Y jamás mi firmeza
Podrá dar tus favores al olvido,
Y así de mi ganado
Mi presente también te he preparado.

¿Pero por qué motivo
No llegaste ayer tarde á mi cabaña
Cuando el coro festivo
De pastores subiendo esa montaña
Con panderos marciales
Danzaron en la cumbre con zagales?

ALBANO
Yo fui con Melibeo
A castrar ayer tarde mis colmenas,
Y con este recreo
Tan sencillo templamos nuestras penas,
Hasta que el bello prado
Quedó del claro Febo abandonado.

GALATEA
Al son de los panderos
Largo tiempo danzamos en la cumbre,
Y los tiernos corderos
Mostrando agradable mansedumbre
Con saltos repetidos
Se alegraban también dando validos.

Y mi padre querido
De claveles me puso una guirnalda,
Y estuvo divertido
Observando los coros en la falda;

Porque como es anciano
Tres veces subir quiso, más fué en vano.

Todo daba alegría;
Mas confieso que sólo me faltaba
Tu dulce compañía
Y como esta memoria me inquietaba
Con grande desatino
Muchas veces miraba hacia el camino.

ALBANO

A tu prudencia dejo,
Galatea, lo mucho que he sentido,
No hallarme en el festejo
Por estar á tu lado divertido;
Mas sin estos antojos
Evito de tu padre los enojos.

GALATEA

Mi padre sólo siente
De tí la tierna edad, querido Albano,
Y así no nos consiente
Ninguna libertad, por ser temprano;
Pero entre los pastores
Tus virtudes merecen sus favores.

ALBANO

¡Ay de mí, Galatea!
¡Ojalá quiera el cielo que tus labios
Desmintiesen la idea
Que en tu padre conciben mis agravios!
Por que él á tu belleza,
Prepara otro zagal de más riqueza.

GALATEA

Nunca mi padre amado
Podrá hacer de mi amor tal sacrificio;
Pues siempre se ha irritado
De saber que en la corte se usa el vicio
De buscar al esposo
Sin más prenda que ser muy poderoso.

Y con ansias prolijas
Contaba que los padres avarientos
Sacrifican sus hijas
Con jóvenes de pocos sentimientos;

Que en teniendo doblones
Nada importa carezcan de otros dones.

Víctimas del amor
Dice que son las niñas ciudadanas;
Pues sufren con rigor
Un yugo de ambiciones muy tiranas
Cuyo consorcio aciago
Sin gusto empieza, acaba con extraño.

ALBANO

MI hermano Melibeo
De la corte (dó fue con pesadumbres,
Por no ser su deseo)
Me dijo, reprobando sus costumbres,
Que muy poco prolijos
No educaban los padres á los hijos.

Y también me decía
Una noche en mi choza Nemoroso,
Cuando de allá venía,
Que el hombre que es más rico y poderoso
Es el que allá conviene
Por que en la corte vale aquel que tiene.

Dice que la avaricia
Corre allí por las calles con fiereza,
Que tienen por caricia
La baja adulación, y la pobreza
Huye por los rincones
Sufriendo mil desprecios y baldones.

GALATEA

Nunca permita el cielo
Que viole del altar las santas aras,
Porque es gran desconsuelo
El ver que obedeciendo las avaras
Intenciones del padre,
Admitan al esposo aunque no cuadre.

Esto supuesto, Albano,
No tienes que afrentarte en tu pobreza,
Antes por ser temprano
Sólo impide mi padre nuestra empresa;

Porque de estos consorcios
Ha visto que resultan los divorcios.

ALBANO

Tu virtud, Galatea,
Tu prudencia y tus nobles sentimientos
Duplican en mi idea
Las ternuras, los gustos y contentos.
Y de todo esto arguyo
Que no hay mayor delicia que ser tuyo.

GALATEA

No temas, zagal mío,
Ninguna alteración en mi constancia,
Que entre tanto confío
Que más blando mi padre á nuestra instancia
No negará á su agrado
Cuando sepas andar con el arado.

ALBANO

NO tengas desconfianza
Ni vaciles, pastora, que te ofrezco
Instruirme en la labranza;
Porque sepas que te amo, y apetezco
Con modos muy sutiles
Saber bien los oficios pastoriles.

Dos becerras manchadas
Y de dulce arboleda frutas todas
Tengo ya preparadas
Para darlas el día de las bodas
A todos los pastores
Que han de ver coronar nuestros amores.

GALATEA

YO te tendré un sombrero
De labor exquisita, que mis manos
Tejerán con esmero
Con plumaje de pájaros galanos,
Y también un vestido
De mil pieles pintadas guarnecido.

ALBANO

De mis muchas colmenas
Gozaremos felices todo el año
Anchas tinajas llenas

De miel, y también puede mi rebaño
Sernos tan suficiente,
Que pasemos la vida felizmente.

GALATEA

Con cien vacas bermejas
Y doscientos novillos bien pastados,
Y otras tantas ovejas
También debes contar, que estos ganados
Con dulce testimonio
Me ha ofrecido mi padre en patrimonio.

Pero, si no me engaño,
Allí viene mi padre por la senda
Detrás de su rebaño,
Y si acaso no gustas que él comprenda
Que has hablado conmigo,
Vete luego á esconderte dentro el trigo.

ALBANO

¡Ay, pastora querida!
¡Sólo el cielo penetra la dolencia
Con que siente mi vida
Los tiranos instantes de tu ausencia!
Pero si es fuerza, sea.
Adiós, hasta mañana, Galatea.

LETRILLAS

Si algún galán o mozuelo
Dijere con voz confusa
Que es embustera mi musa,
Que se lo cuente su abuela.

Si el sastre más afamado,
Cuando traza algún vestido,
Asegura que ha cumplido
Con la palabra que ha dado;
Y que siempre que ha cortado,
Para si no guardó tela,
Que se lo cuente a tu abuela.

Si por honrar su espadín

Cita el militar campañas,
Sin mostrar otras hazañas
Que heridas del bisturí:
Y arguye que en San Quintín
Le quitaron una muela,
que se lo cuente a su abuela.

Que quiera el adulador
Sufrir cual lacayo o paje,
Desprecios del personaje
De quien espera un favor
Sin que el alma en su interior
No se abochorne y le duela,
Que se o cuente a su abuela.

Que el avaro nunca asome
En su mesa el rico vino
Por que embriaga, y que el tocino
Le da empacho si lo come,
Y chocolate no tome
Porque hace mal la canela,
Que se lo cuente a su abuela.

Si Laura, que no ha tenido
Titulo, renta, o pensiones
Se presenta en las funciones,
Con el mas rico vestido,
Y jura que su marido
Por vestirla se desvela,
Que se lo cuente a su abuela.

Si porque Nisena ha blanqueado,
Siendo oscura como hollín,
Asegura que el carmín
No es quien la ha vivificado,
Y afirma que no ha zurrado
Su cutis como gacela,
Que se lo cuente a, su abuela.

Si alguien de mis tijeretas
Se apropiare algún vestido
Para salir a la moda,
Buena suerte le ha cabido.

Al que indiscreto se casa

Con una niña bonita,
Que gusta de la visita
Cuando el novio no está en casa,
Y siendo la renta escasa
Ostenta un porte lucido,
Buena suerte le ha cabido.

Al que sedujo el honor,
(Que el honor también engaña)
Y ha regado la campana
Con la sangre y el sudor,
Y ve que otro por favor
Logra lo que él no ha podido,
Buena suerte le ha cabido.

Al miserable usurero,
Verdugo de su existencia,
Que ha vivido en penitencia
Por dejarle a su heredero,
Si va a contar su dinero
Y halla el candado rompido.
Buena suerte le ha cabido.

Al que tiene en la justicia
Confiados sus intereses,
Y al cabo de ochenta meses
Sabe por primer noticia,
Que el contrario (sin malicia)
Con oro se ha defendido,
Buena suerte le ha cabido.

Al cazador que anda alerta
En busca de una perdiz,
Si ve que por un desliz
Otro cazador le acierta,
Y advierte que viene muerta
La perdiz que había querido
Buena suerte le ha cabido.

Al que seis horas hablando
Oye en junta los Galenos
De exóticas frases llenos
A las Parcas invocando,
Y sale el pobre temblando
Sin haberlas entendido,
Buena suerte le ha cabido.

Al que ansioso se encomienda
Al peligro de los mares,
Sufriendo diez mil pesares
Por lograr una prebenda,
Y gasta toda su hacienda
Sin haberla conseguido,
Buena suerte le ha cabido.

Al que buscando fortuna
Su edad juvenil pasó
Quedándose como yo
En los cuernos de la luna,
Sin hallar persona alguna
Que lo haya favorecido,
Buena suerte le ha cabido.

A CARMELINA

Con la sonora trompa
De caliope divina,
Cantaba yo de Aquiles
Las bélicas conquistas:

El furor de los griegos,
Las fúnebres cenizas
Del Ilion, y la suerte
De Andrómaca afligida.

Tan hórridos acentos
Los ecos repetían,
Cuando un pasmo amoroso
Dejó mi sangre tibia;

Poco a poco el aliento
De mí se despedía,
Negándose la trompa
Al soplo que la anima.

Perdí en fin los compases,
Creció más mi fatiga;
Hasta que vino Erato
Cediéndome su lira:

"Canta, me dijo, toca
En ésta, que yo misma
Te animaré si cantas
La dulce Carmelina:

No cantes de Belona,
Ni de Marte las iras;
Canta, sí, las de Venus
Y de tu amor reliquias".

Yo tomé el instrumento,
Y a tiempo que la ninfa
Me dictaba los sonos
En las cuerdas divinas.

Entonces se aparece
La tierna Carmelina,
Circundada de amores,
De gracias y de risas.

Y al verla, de las manos
Se desprendió mi lira,
Quedándose suspensa,
Erato, y yo sin vida.

A LA BRISA

Rompe en oriente sus prisiones Eolo,
Tiende sus alas, y con blando aliento
Bate en la concha del neptúneo carro
Lleno de Pompa.

Siguen su rumbo los tritones, siguen
Cándidas ninfas sus etéreos pasos
Liras templando de cristal sonoro
Dulces sirenas.

Bajo sus alas el campeón ibero
Llega a regiones peregrinas donde
Guarda su gloria y su memoria el ancho
Valle de Otumba.

Sobre tapices de esmeralda Ceres
Dulces placeres con Pomona parte

Cuando reparte la risueña brisa
Gratos aromas.

Puesto a la sombra del abeto, entonces
Oigo los mirtos y laureles santos
Cómo conversan con el aire, y cómo
Flora se anima.

La ave de Venus con amante pico
Llama al consorte de su nido ausente,
Dando al ambiente el parabién, y dando
Tiernos arrullos.

Todo se mueve con festivo enlace,
Driades y Faunos en sus verdes templos
Danzan los unos, y los otros tocan
Rudos silbatos.

Cuando tú soplas oh sagrada brisa,
Todo revive con tu aliento, y cuando
Vienes se alegra la fecunda en oro
Tórrida zona

A LELIO

Lleva, Lelio, a la sombra
De la fuente vecina,
Los vasos, las botellas,
Y la sonora lira:

De yedra coronados
Sentados a la orilla
Alegres beberemos
Con las campestres ninfas.

No cantaré el azote
De guerras numantinas
Ni la sangrienta espada
Del invencible Anibal;

No en púrpura tenidos
Los mares de Sicilia,
Ni el Cíclope asaltando
La esfera cristalina.

No al héroe macedonio
De Marte imagen viva,
Sobre el triunfante carro
Talandando por las Indias.

No, Lelio, no, estos cantos
Mis cabellos erizan,
Las cuerdas se revientan,
Y crujen las clavijas;

Pero, sí cantaremos
Las tres hermanas ninfas
Con el hijo vendado:
Y a su madre divina;

Cantaremos a Baco
De vid la sien ceñida,
Con amorosas hojas
Y derramando risas:

El céfiro halagüeño,
Las dulces avecillas,
El arroyo plateado
Y el rumor de las guijas:

Todos estos placeres
En la fuente vecina,
Bebiendo llenos vasos,
harán sonar la lira.

EL BANQUETE

No fue sólo el satírico de Francia
Del banquete importuno fiel testigo
Que a su lira prestó tanta elegancia:

Yo también si me escuchas, Claudio amigo,
Te instruiré de otro lance, cuya escena
Trágica contar puedo por testigo.

Es el caso que ayer Doña Ximena
Celebrar de su esposo Don Sempronio,
Quiso el natal, y un gran banquete ordena.

Por darme de amistad buen testimonio
Entre treinta que fueron, un billete
Me cupo por astucia del demonio.

¡Grande honor para aquel que en su retreta
Por costumbre frugal en apetito,
Más le sacia el silencio que el banquete!

Porque no me imputaron un delito,
Fui puntual, ostentando cortesía
Exterior; pero el alma en gran conflicto.

A tres horas después del mediodía
Principióse el obsequio en cuyo instante
Mi débil vientre estaba en agonía.

¡Caprichosa costumbre, interesante
Para el moderno gusto, que consiste
En dar blando martirio al circunstante!

Con grato aspecto y pensamiento triste
Ocupé mi destino, y a mi lado
Un joven se sentó de garbo y chiste;

Pasar quiero en silencio el delicado
Aseo en las vajillas ¡quién creyera
Que había para un ejercito sobrado!

No fue bambolla el aparato, era
La abundancia efectiva, porque un pozo
De sopa se plantó con su caldera.

No Camacho en Cervantes tan costoso
Dio más a conocer de su rudeza
La probidad en todo generoso.

Como el tal Don Sempronio: nunca mesa
Lucio con tan opípara abundancia,
Nada de Filili, todo grandeza.

Un toro asado vi, cuya distancia
De lugar ocupaba... ¿Claudio Amigo,
Ríes porque te hace disonancia?

Pues vive el rey Clarion, que hablo contigo,

Nadie nos oye, sufre, soy poeta
Y contra todos mi torrente sigo.

No es hipérbole, no, mas si te inquieta
Esta voz sin mudar de consonantes
Escúchame cual ato la historieta.

En desorden común los circunstantes
Con rumor sus asientos ocuparon
A manera de tropas asaltantes.

Aquí, Claudio, mis penas principiaron
Cuando vi de los pajes la gran tropa
Y los varios manjares que acopiaron.

¡Qué pregón! ¡Qué algazara! ¡Vaya sopa,
(Gritaban) tallarines.-- macarrones...!
Y en esto un plato con el otro topa.

Sobre mí vi llover los empellones
De un gargantón que a mi siniestra había,
Más voraz que quinientos sabañones.

Con la vista los platos recorría,
Y resollando como inmundo cerdo
Las viandas devoraba y engullía.

A veces como en sómnico recuerdo
Monosílabos sólo contestaba,
en repetir los tragos nada lerdo.

Frente por frente de mi asiento estaba,
Otro extranjero bozalón, que todo
Con mil incultas frases encomiaba.

Allá a su medio idioma y a su modo,
La galina, decía., estar charmante,
Y a cada instante levantaba el codo.

A su diestra, con plácido semblante,
Zoylo estaba mil brindis repitiendo,
Injuriando a Helicon a cada instante.

El estilo jocoso fue exprimiendo
Del barrio del Barquillo la agudeza,
Con chistes de Manolos zahiriendo.

Unas veces hablaba con terneza,
Y otras muchas gritaba atolondrado
Hasta echarse de bruces en la mesa.

Cual si fuese otro Horacio, acalorado
Principió a criticar mi poesía,
Por agradar y parecer letrado.

Encendida en furor la fantasía
Reputaba mis versos por malditos,
Interpretando lo que no entendía:

Una sílaba sólo con mil gritos
Corrigióme, sin ver que de su absurdo
Se burlaban los necios y peritos.

Hubo otro tiempo en Argos un palurdo
Que de poeta, sin serlo, presumía
(También hay vanos bajo paño burdo).

Este loco ignorante marchó un día
Presuntuoso y contento al coliseo,
A tiempo que en el teatro nadie había.

Inflamado de ardor Apolineo,
Delirante el palurdo imaginaba,
Los aplausos que quiso su deseo;

Sin escuchar actores se alegraba,
Y figuróse sin haber compuesto,
Que una comedia suya se operaba.

Ya entiendes, Claudio, lo que digo en esto,
Si a ti para advertir las alusiones
Te sobra astucia en lo que ves expuesto:

Volvió, Zoylo, a enhebrar sus maldiciones,
Efectos de su mísero ejercicio,
Queriendo al sacro Pindo dar lecciones.

¡Oh fatal, dije, abominable vicio!
Sólo el médico habla de remedios,
Cada artesano trata de su oficio.

El rústico jamás toca de asedios;

Pero siempre los necios tienen todos,
Para injuriar las musas, torpes medios.

Aquel que ignora los discretos modos
Con que los simples se preparan, sepa
Que en vez de medicinas hará lodos.

Lo mismo aquel que, presumido, trepa
Sin balancín en cuerda, y sin auxilio
El pie se le resbala y le discrepa.

Pues si Zoylo jamás leyó a Lucilio,
Ni comprende las sátiras de Horacio,
¿Qué concepto merece? El de Basilio.

Y con todo en inmundo cartapacio
Se atreve a publicar su critiquilla
Que de verla no ceso, ni me sacio.

Perdona, Claudio, si es que la mancilla
De un parásito vano ha interrumpido
El orden de mi sátira sencilla.

Volvamos al banquete donde, erguido,
Mebio también con tono destemplado
Daba muestra de ser varón leído.

Fabio, que estaba junto a mi sentado,
Reventaba de risa, y muy frecuente
Con su codo tocaba en mi costado.

Yo procuré apretar diente con diente,
Para no prorrumpir la carcajada,
Ni ser de Baco víctima inclemente.

Me contuve pensando en la extremada
Locura de Alejandro entre los vinos,
Hiriendo a Clito con su lanza airada:

Y también recordé los desatinos
Con que Calistenes sufrió la muerte
Porque a sus cultos resistió divinos.

Muy de continuo con acento fuerte
Bomba... bomba... Don Mebio repetía,
Y en cada bomba una botella vierte.

Con voz ronca mil erres prorrumpía,
Y, exhalando sudor su aspecto rojo,
Quitóse el corbatín que le oprimía.

Ya en sus pies vacilaba el cuerpo flojo,
Y aun temía que imitara a Polifemo
Cuando en la triste cueva perdió el ojo.

De crítico adulón, pasó a blasfemo,
Y perdiendo del todo la chaveta
Cada vez deliró con más extremos.

En fin, Mebio con cara de baqueta,
De todos recibió funesto trato,
Terminóse el banquete, y cual saeta
Me aparté por no ver tal mentecato.

EPIGRAMAS

Como suele en viva llama
Pronto arder la Mariposa;
Así la vista curiosa
Se quema en un epigrama:
Y si es el estilo terso,
Claro y lleno de alusiones,
Puedan bien cuatro renglones
Incendiar el Universo.

Rezaba un sepulturero
Por el doctor del lugar,
Luego que se iba a acostar,
Devoto un trisagio entero:
Pregúntale su mujer
Por quien oraba, y el dice:
"Ruego por que se eternice
El que nos da de comer".

Para una enferma apurada
A un médico se llamó
Con tal prisa, que salió
Sin el bastón, ni la espada:
No importa que esto se note,
Dijo con modesto labio,

Que en mi oficio mata el sabio
Sin espada ni garrote.

Un acreedor eficaz
Cobró a Blas cuando moría,
Y éste al acreedor decía,
Déjame morir en paz
¿Conque morirte prefieres?
Dijo el otro, pues no quiero,
Paga la deuda primero
Y muere cuando quieres.

Cierto alcalde corcovado
Que la justicia vendía,
Con otro alcalde reñía
Porque andaba descarriado:
El reñido con despecho
Respondió, diciendo: "amigo,
Contra mí no es buen testigo
El que no anda muy derecho".

A visitar un vicario
El Doctor Don Gil entró,
Y el sacristán que lo vio
Se fue al punto al campanario;
Pero al irse dijo: "advierdo
Que si Dios no nos socorre,
De aquí a que llegue a la torre
Bien puedo tocar a muerto".

Encontróse un bandolero
Con cierto escribano un día,
Y quitándose el sombrero
Le hizo a aquél su cortesía:
El escribano dio indicio
De que extrañaba el halago;
Mas el otro dijo: "lo hago
Porque somos de un oficio".